

El profesor Cuello Calón como maestro

MANUEL SERRANO RODRIGUEZ
Catedrático de Derecho Penal de la Universidad
de Salamanca

Este es el título que se me envía por la Comisión Organizadora del homenaje y recuerdo al llorado maestro profesor Cuello Calón.

Realmente, poco tendría que pensar para escribir sobre el profesor Cuello Calón como maestro, porque lo que se siente, lo que se ha vivido, y de lo que uno ha recibido tantos beneficios, sale con espontaneidad. Pero aún es más espontáneo, si espontáneamente, valga la redundancia, se ha escrito ya sobre ello en la intimidad de una carta privada a un universitario ejemplar que fué discípulo predilecto del maestro García Oviedo, a mi querido y entrañable amigo y compañero el profesor Manuel Clavero Arévalo. Sin perjuicio de transcribir las palabras que dirigí al profesor Clavero, también tienen una razón de ser estas que anteceden en relación con don Carlos García Oviedo. Porque don Carlos García Oviedo, que empezó su vida universitaria en las Cátedras de Derecho penal, además de ser un excelente maestro, fué un gran amigo del profesor Cuello Calón. Cuando tuve la suerte de ser destinado a Sevilla, siempre el profesor García Oviedo me preguntaba por el maestro Cuello Calón, y a la inversa, cuando llegaba a Madrid, el profesor Cuello Calón me preguntaba por el maestro García Oviedo. Lo difícil fué ocultar cariñosa y caritativamente al maestro Cuello Calón la muerte del profesor García Oviedo, que para mi maestro "siguió viviendo mucho tiempo después de haber fallecido". Esta, como otras cosas, era la expresión de cariño que, como una más, yo podía ofrecerle a quien fué maestro de tantos y a tantos nos dió su beneficio con su paternal e infantil condición, como generalmente poseen todos los auténticos sabios y maestros. Ese equilibrio necesario que establece Dios a través de la naturaleza, como compensatorio entre la gran inteligencia y ese ser un poco niños de todos los grandes hombres.

Decíamos en la carta al profesor Clavero lo siguiente: "Aprovecho ésta para agradecerle el sentimiento por mi maestro Cuello Calón. Sé que sabes interpretar mi dolor, del que aún no estoy repuesto. Su memoria y mi cariño hacia él queda permanentemente. Creo comprenderás, salí en un coche inmediatamente de aquí, y en un viaje de poco más de veinticuatro horas, lloviendo, con un camino malísimo, pasando el Puerto de Reinosa, llegué a Santander a las cuatro de la ma-

drugada. Fui con Josefina, naturalmente, porque la señora de don Eugenio es íntima amiga de Josefina y además una santa. La gran compañera de su vida, ejemplar mujer que tanto le ayudó. Como nos dijeron que el entierro era a las nueve, dormimos cuatro horas, si a eso se llama dormir, ya que a las ocho salimos para el pueblo de Esles, en donde vivió don Eugenio. Yo llevaba la representación, además, del alcalde de Salamanca y del rector. Precisamente se le ha nombrado hijo predilecto de Salamanca, y a una calle se le ha puesto su nombre. Esto era unos días antes de su muerte. El no lo verá, pero para mí es una gran satisfacción haber logrado esto en su pueblo natal y haberlo hecho yo. También pensaba que se le nombrase doctor de esta Universidad. Pero él todo se lo merecía. El entierro fué impresionante, pues el lujo de su casa-palacio en Esles, verdaderamente señorial, rodeada de bosques y de silencio, parecía o era como un don que Dios le concedía a ese amor al silencio y al estudio que él tuvo. Fué muchísima gente, a pesar de la distancia, el Gobernador de Santander, el delegado de Turismo, en representación de los ministros de Educación Nacional e Información y Turismo. Sacamos el féretro. Mosquete, Camargo y yo, junto con su hijo. El camino entre el verde y arbolado, caminos propiamente rústicos, la belleza del paisaje, la soledad del lugar, el sonar de la campana, el silencio que a todo acompañaba y la majestuosidad de esa mansión señorial indicaban al sentimiento y al recogimiento. Comprenderás que a mi llegada y ver el cuerpo inerte del maestro a quien tanto quise y tanto me quiso, me hizo llorar amargamente.”

Es muy corriente, y es expresión vulgar, hablar “del día de las alabanzas”, que corresponde a cantar los méritos de los hombres después de muertos. Y es expresión vulgar también estimar, por los que aún viven, que no desean la llegada de tal día, porque es la prueba de la falta de su existencia. Generalmente esto se dice, porque hasta los propios enemigos suelen destacar lo bueno o al menos lo fingen, y naturalmente lleva larvada tal alabanza, si no la alegría, por lo menos un cierto regusto de que aquél desapareció de nuestra vista.

Por el contrario, cantar los méritos de aquel que ya se nos fué, y del que ya nunca podremos recibir nada en el orden humano, es la mejor prueba de que en vida se le quiso con desinterés, y que, aun cuando de él se recibieron muchos beneficios, no podía o no podíamos en cierto modo decírselos, porque no lo estimase a adulación y a lisonja esperando nuevos acaeceres venturosos. Pero quienes después de recibir muchas bondades dimos pruebas de reconocimiento y agradecimiento, para no recibir más, y con aquéllas nos bastaban, aún pudimos escuchar de sus labios palabras paternales y cartas llenas de entrañable cariño que conservamos con emoción.

El profesor Cuello Calón, como maestro, fué pródigo en beneficio para todos sus discípulos. Tuvo una escuela superior a todos los maestros, porque con independencia de haber empezado a formarnos con él, excepto el profesor Pérez Vitoria, que fué el único que empezó

y se formó plenamente con él. El profesor Cuello Calón recogió a tantos que formados, o mejor dicho, iniciados con otros maestros, terminó haciendo de todos en la cátedra o fuera de la cátedra, profesores y profesionales, y todos le debemos cuanto somos. Absolutamente todos.

Nunca el profesor Cuello Calón admitió la adulación, ni pensó que todo sería agradecimiento, pues prodigó el bien, su maestría, su enseñanza a todos cuantos le rodeaban. Yo, como testigo de mayor excepción, podría hablar de esto extensamente, porque si bien no lo hacía para que nadie se lo agradeciese, y la mejor prueba de ello era a veces su aislamiento, sentía profundamente el deseo de que todos le quisiésemos y le respetásemos después de recibir sus beneficios. Cuello Calón, como todos los hombres grandes, era a veces una paradoja: no le apetecía ser admirado ni adulado y, sin embargo, en otras ocasiones le apetecía, eso sí, un cierto reconocimiento. Quizá fuese esto un problema de equilibrio. Y esto era en el orden público, o de publicidad, como en el orden privado. Y así le molestaba cualquier intervención periodística, en relación con su persona, y a su vez le agradaba que al menos en términos sencillos se reconociese su obra. Y así era también para sus discípulos.

Pero el sentido de maestro no empezaba ni terminaba en la reducida escuela de los que dentro de su cátedra se especializaban. Era un gran maestro cumplidor dentro de la Universidad, con su constante y diario trabajo, y para ver hasta dónde llegaba su amor al discípulo en toda su realidad e intensidad, podríamos citar una anécdota que la vivimos, creo que el profesor Mosquete y yo. Estábamos examinando un día en el aula grande de la vieja Universidad. Por la gran cantidad de alumnos, los exámenes eran escritos. Entre tanto alumno había uno vestido con el uniforme de la Guardia Civil, pero simplemente como número de la Guardia Civil, sin graduación alguna. Dirigiéndose a Mosquete o a mí, o creo que indistintamente a los dos, nos dijo: "Fíjense en aquel alumno que está vestido con uniforme, para cuando haya que calificarle. Tomen el nombre, porque sin hacer regalos de aprobados es preciso tener en cuenta el esfuerzo que habrá hecho ese hombre trabajando y estudiando a la vez hasta llegar a este curso de la carrera". Porque aquel alumno estaba ya entrado en edad. Estas cosas son las que califican a un hombre como hombre con sentido humano, que es el auténtico valor, porque en aquel instante, llena la clase de alumnos, con su mundo siempre interesado en el estudio, y a veces, como todos los sabios abstraídos de la realidad, estaba en ella, porque ella principalmente debe ser amor al prójimo. Me contaba Mosquete el día de su entierro algo que también aclara sobre lo que era el maestro en su sencillez. Le decía que cuando él muriese no pusiese en el ANUARIO DE DERECHO PENAL que había sido su fundador y director. Y después exclamaba: ¡y después de muerto, a mí que me importa que lo pongan o no lo pongan! Lo grave hubiese sido decirle que se pusiese en vida. También se hubiese molestado o le habría importado poco. Y éstas son las parado-

jas del maestro, pues a veces se le acercaba una persona a quien parecía no atender bien, porque estaba en su mundo o creía que le podía interrumpir su mundo de trabajo, e inmediatamente rectificaba y la atendía con toda solicitud y hasta la regalaba un libro. Parecía no estar, como en el caso del guardia civil, atento a lo que le rodeaba, y, no obstante, estaba preocupado por ello. En su modestia, como todo ser humano, quería ser reconocido, pero precisamente por ello, y como todo hombre de valor, se sentía herido en esa propia modestia que yo creo él mismo estimaba como vanidad, cuando en realidad su valor era inmenso.

Mi llorado maestro el profesor Cuello Calón, que debe ser llorado y sentido por todos sus discípulos, fué el auténtico maestro superior a la formación de una escuela de tendencia o de partido, aun cuando lo científico jamás debe tener tendencias, porque es y debe ser la busca de la verdad. Fué el maestro que acogió, formó o terminó de formar y ayudó con sus sabios conocimientos, cariño y voluntad a cuantos trabajamos con él. No sólo en el terreno de la cátedra, sino especializándose con él los que en el día de mañana iban a ser jueces, fiscales o ya lo eran, y bajo su calor y su cariño fueron después catedráticos. Para todos tuvo aliento, consejo y franca ayuda. Formó profesionales y, naturalmente, fué el maestro auténtico universitario que cumplió con su deber desde el primer momento.

Podemos decir que si tuvo más o menos predilección en el orden de los afectos o mayor contacto con unos o con otros, jamás dejó de ser con imparcialidad absoluta el maestro de todos en todos los sentidos. No podría citar aquí distinciones en sus afectos, porque es posible que alguien se sintiese herido al no ponerle en plano de igualdad, cuando en realidad ésta la estableció para todos, y por sus frutos podemos observarlos. Llevaba su cariño y deseo hasta tal extremo de ayuda y orientación para todo el que quisiera trabajar en Derecho penal, o el considerarse con saber suficiente para ello, que sentía cuando alguien a quien él estimaba con saber, no se consagrara al estudio de esta materia. Para no citar nombres de momento y de los que estuvimos con él, puedo asegurar que jamás agradecerán suficientemente, aun cuando sé el cariño que le profesaban, las palabras y admiración que tuvo para Antonio Perpiñá y para Tomás Jasó. Sin haber entrado en la línea de sus discípulos directos, podíamos decir que en cierto modo renunciaron a ser elegidos.

Sólo los que le hemos tratado en la intimidad podemos saber de su justicia. Hemos hablado de discípulos a quien siempre cobijó, de aliento, ayuda y orientación para los que estimaba con valores. Para todos en sus juicios y apreciaciones se desentendió de cualquier pequeño roce, que, como todo lo humano, puede llevar consigo, porque su calor en la defensa de lo justo y del reconocimiento de valores, aun con aquellos que pudo tener una ligera diferencia, sólo lo sabemos los que con él convivimos tantos años, y también los que recibieron estos juicios imparciales porque directa o indirecta-

mente, más bien de este modo, supieron de su bondad, porque de ello teníamos que encargarnos, teníamos que decirlo los que veíamos este modo de proceder.

¡Qué admiración sentía por todos los maestros de Derecho penal, y cómo reconocía sus méritos, soslayando cualquier molestia que hacía su persona o su mucho saber pudiese recibir como ofensa!

A los que aún no eran consagrados, los recibía con el amor del auténtico profesor y guía que alienta y estimula. De los que fueron y son, demos un recuerdo imperecedero de su parte, a la que unimos la nuestra, como fué el gran maestro, que también lo fué nuestro, profesor don José Arturo Rodríguez Muñoz, al que dedicamos nuestras líneas también de recuerdo y admiración imperecedera. ¡Con qué ternura hablaba el profesor Cuello Calón de la grave dolencia que se llevó al profesor Rodríguez Muñoz, uno de los mejores penalistas de España, cuando aún podía dar muchos frutos!

¡Cómo miraba los muchos méritos de tantos y tantos a quien él enjuiciaba!, como puede ser ejemplo también el profesor Antón Oneca. Y así podíamos seguir diciendo, porque para él éste o el otro, amigo o menos amigo, siempre reconoció y apoyó, como lo prueban los hechos a quien él en justicia creía que lo merecía, con independencia de su más o menos proximidad y relación. Como hemos dicho, tuvo escuela, pero acogió también dentro de ella a todos los que pretendieran continuar, o apoyó a los que estando fuera de su órbita merecían su voto de reconocimiento.

Pero del profesor Cuello Calón tenemos que resaltar como maestro auténtico universitario su ejemplar vida consagrada al alumno de la Facultad de Derecho, y su ejemplo también viviente de un trabajo constante desde su juventud. Este ejemplo que es preciso seguir y que él nos lo dió a todos.

Muchas veces parece que lo anecdótico se inventa, y realmente no es así. A propósito del profesor Cuello Calón, de su muerte, precisamente el día que corríamos para asistir a su entierro, por coincidencia, y pensando en la rapidez "cómo se pasa la vida y cómo viene la muerte tan callando", salíamos de Salamanca muy tarde y tuvimos que cenar en Palencia. Verdadera coincidencia de que, preguntando por un hotel donde cenar, cenamos en el Jorge Manrique. Si antes habíamos hecho consideraciones en el silencio y tristeza que nos acompañaba, a partir de este momento surgieron muchas más. Nos acompañaba en el viaje nuestra propia mujer y una sobrina del profesor Cuello Calón, Elisa Cuello, cuyo nombre de pila correspondía a la madre de mi llorado maestro, una pintora extraordinaria, y de un talento extraordinario también, y como vulgarmente se dice: "se hacen lenguas de su valor". Y a quien don Eugenio, como le llamábamos cariñosamente, adoraba; adoraba a su madre.

El día antes, por pura coincidencia, había explicado a una de mis hijas las célebres y conocidas coplas de Jorge Manrique. De todo ello fué derivando en mi mente consideraciones hacia el maestro, hacia su

vida, hacia la rapidez con que ésta se pasó, a pesar de sus muchos años, afortunadamente para gloria de la ciencia española, y me hizo recordar otra poesía leída en mi juventud, que puede ser complementaria de la tan conocida a la que hacemos alusión. Es de Roberto Herrick, poeta inglés, que dice así:

*Mientras podáis, coged las flores,
pues la vejez llega presurosa;
la flor que ahora revienta en su capullo,
horas después está expirando.*

*El astro rubicundo, esplendoroso,
tanto más se eleva en su carrera,
otro tanto va acabando su camino
y más cerca está ya de su ocaso.*

*No hay hora mejor que la del alba:
en ella la sangre es más ardiente;
las horas que le siguen presurosas
son horas cada vez peores.*

*No seáis negligente, ¡oh doncellas!,
y sin temor acudid a nuestras bodas,
que si la primavera dejáis se os escape,
inútil será que esperéis vuestra hora.*

Esta fué la gran maestría del profesor Cuello Calón, que desde su juventud aprovechó las horas minuto a minuto, y nos dejó el ejemplo como maestro de su trabajo y de su inteligencia, porque el primero es el gran ejemplo que nos puede servir de guía, como sabiamente dijo Benavente cuando se refería a la inspiración, y añadía que ésta era también producto de un trabajo constante, y lo decía él, que fué la inspiración misma.

Hablar de su maestría en los libros de esos libros consagrados que fueron, son y serán la enseñanza de todos, es algo que no nos compete, porque son frutos, "y por sus frutos también conocemos al maestro". Dejemos esto a la consideración de todos, porque en España los libros de Cuello Calón son y serán clásicos.

El nos enseñó con su vida ejemplar, enseñándonos con su docencia y enseñándonos con su ejemplo. Es también coincidencia que mi destino en Salamanca, su ciudad natal, coincida con su muerte, como es coincidencia también que aproximadamente ingresó en la cátedra en la fecha de mi nacimiento. Todo son relaciones y recuerdos, que me han llevado más a conocer su vida. No por esto le quiero más ni le recuerdo con más insistencia. Es cierto que mi permanencia en Salamanca, cada esquina y cada lugar me recuerde tantas y tantas cosas que él me contó. Porque para mí el profesor Cuello Calón sigue viviendo, y quiero que así sea, porque aún pienso cuando voy a Madrid que voy a encontrarle. Me hacía mucha falta, y nos hacía mucha

falta a todos, porque uno nunca puede acostumbrarse a la falta de los padres, ni de los maestros, que son otros padres que nos protegieron sin obligación. Aun cuando no vivamos con ellos, siempre esperamos encontrarlos "allí". Ese "allí" ya no está para mí, sueño con que le encontraré, que en mis viajes iré a verle una vez más, charlaremos de muchas cosas, discutiremos, siempre oiré "sus cosas", y las palabras de confianza, incluso metiéndose conmigo, o con Camargo, a quien tanto quería. Pero eso ya no será. Me queda un recuerdo, un inmenso cariño, y una oración que todos los días le dedico, porque yo deseo que esté en el cielo, como así será, como compensación a su vida y a tantos bienes como prodigó.

